

Recordar, compartir, aprender

**Elche**

**Asunción Martínez Aniorte, 64 años**

**Celia Carretero Cabañero, 20 años**

## EL RECUERDO DE UNA VIDA

Después de cincuenta años, volver a reencontrarme con mis compañeras del colegio parecía prácticamente imposible, pero fue un sueño que se hizo realidad. Cien mujeres reunidas en el vestíbulo de un hotel, vestidas de arrugas, canas y experiencias. Sin reconocernos ni por la voz, ni por los rostros, sólo nombres y recuerdos envueltos en ilusiones y ganas de recuperar el tiempo perdido. Queríamos contarnos todo, queríamos volver a ser niñas, aunque eso quedaba ya muy lejos. Pensé que la emoción me desbordaría, como me ocurre cuando visito mi antiguo barrio, aquel en el que crecí, jugué, trabajé y me enamoré. Recuerdo las fábricas en los bajos de las casas, en donde niños y mayores trabajaban día y noche. Yo misma, cuando mis manos todavía eran tan tiernas como dos bollos de leche, cosía, recortaba y transportaba zapatos después del colegio. Dulces recuerdos, que se avivaron aquella tarde.

Cuando recibí la invitación a la comida, no podía creérmelo. Una de mis compañeras de pupitre había organizado una misa en honor a nuestra maestra con la que todas habíamos vivido muy buenos momentos. Tras la ceremonia, nos dirigimos a comer al hotel donde nos aguardaba un estallido de emociones. El murmullo era incesante desde que llegamos, teníamos mucho que contarnos y poco tiempo antes de volver a separarnos.

El tema central de aquella reunión era nuestra maestra, aquella que consiguió apartarnos de políticas, de injusticias, de malos tratos en los colegios... Una maestra que no tuvo hijos y nos trató a nosotras como si de sus entrañas hubiésemos nacido, nos regaló el cariño que para los suyos debería haber sido. Mujer ejemplar, sin duda, que nunca vaciló cuando tuvo que defendernos o reprendernos, o cuando tuvo que ocupar su tiempo con nosotras fuera de las horas de clase. Mujer valiente, sus antiguas alumnas contaban cómo cuando sonaban las sirenas durante la guerra, ella se armaba de valor, y sin titubear ni alterarse las protegía como podía. Doña Jerónima se llamaba, y fue la que nos enseñó a no mirar a la gente por el color de sus ideas, a compartir, la que nos aconsejó entregarnos en cuerpo y alma a lo que hiciésemos, como hizo ella con nosotras. Estoy segura de que ella nos intentó educar como personas nobles, sinceras y generosas y que mucho de lo que he llegado a conseguir se debe a todas aquellas palabras llenas de sentimientos que nos decía cada día.

Muchas trabajábamos después de clase y, cuando llegábamos por las mañanas bostezando, agotadas por haber estado recortando zapatos hasta altas horas de la noche, ella nos miraba, con esos ojos llenos de afecto y conseguía reconfortarnos con su comprensión, lograba animarnos. Aunque yo ayudaba a las faenas de casa y no tenía problemas, otros a mis trece años no podían estudiar, solamente trabajaban día y noche, escuchando insultos y aguantando muchas humillaciones por un jornal que era menor que el coste de un kilo de pan. Fui una niña, una adolescente y una mujer afortunada, pero he tenido que sacrificar mucho para poder llegar a formar una familia, aunque todo ha merecido la pena.

Aquella tarde, junto a mis compañeras, al hacer el balance de mi vida, volví a escuchar a mi padre leyendo una novela mientras que mi madre y yo trabajamos. Volví a verme recoger el aula cantando con el resto de las niñas las tablas de multiplicar. Me sentí de nuevo inocente e ilusionada, volví a soñar despierta con príncipes azules y casas encantadas. El aroma a pan recién hecho de la panadería próxima a mi casa, volvió a embriagarme con su olor... Pero pronto todo acabó, cuando levanté la cabeza de la mesa me di cuenta de que las niñas con las que cantaba ya eran demasiado mayores, tanto que ahora las ensoñadoras y las que disfrutaban de su inocencia son sus nietas. Descubrí una realidad muy hermosa: habíamos madurado, y otra muy angustiada: pasaba el tiempo incesante ante nuestros ojos y aquellas manos tiernas y aquellos rostros brillantes ahora estaban cubiertos de pequeños pliegues que dibujaban cada llanto, cada desvelo y, también, cada sonrisa de nuestra vida.

Han pasado más de 50 años y todavía recuerdo mi infancia como si de ayer se tratase. Es la evocación



de una vida que temo que se desvanezca, los años más felices, los más disfrutados. Aquella tarde, todas teníamos una historia que contar. ¡Qué maravilloso día! Unas habían estudiado una carrera, otras preferían alardear de sus muchos hijos o de que habían viajado. Yo había formado una familia, y me sentí complacida porque parece –fatua vanidad– que no es tan importante hasta que no tienes a alguien a quien contárselo. Ahora estoy aquí, frente a un retrato, frente al recuerdo de una vida, porque la reunión ya pasó, terminó, pero yo sigo teniendo una historia que contar, y sigo esperando que alguien venga a escribirla. ¡Cómo me gustaría!

- Cariño, ¿qué estás haciendo?

- Aquí recordando viejos tiempos. Mira esta foto: es de cuando éramos novios. Y esta otra, de cuando todavía iba al colegio.

- ¡Qué rara estás desde la reunión con tus compañeras! Pero, tranquila, no te entristezcas, porque, si tienes nostalgia del pasado, significa que te han pasado cosas buenas.

- Y me siguen pasando. Simplemente...

- Simplemente entonces corríamos y saltábamos, bailábamos y reíamos a carcajadas. Ahora tenemos cuatro hijos encantadores, que gracias a nosotros han conseguido sus metas. Ahora tenemos todo el tiempo del mundo para leer, viajar, para disfrutar de nuestra madurez, y, lo que es más importante, tenemos...

- ...Ganas de vivir la vida. Tienes razón. Creo que ya es hora de guardar estas viejas fotos.

## LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Una mujer luchadora y trabajadora como pocas, así es Asunción. Después de haber vivido 65 años sigue afirmando, al igual que cuando tenía 20, que lo más importante para ella en la vida es sentirse realizada. No puede haber felicidad sin haber intentado cumplir todos aquellos sueños que cada uno se propone personalmente. No seremos capaces de hacer felices a los que nos rodean, sin haber alcanzado alguna de aquellas metas que nos proponemos durante nuestra existencia. Ella se propuso sacar a su familia adelante y, lo consiguió, después de haber pasado épocas de más o menos desahogo económico, enfermedades, tristezas y alegrías; después de haber tenido que vencer muchos obstáculos, pero lo consiguió y, asegura que es lo mejor que ha hecho en su vida.

El saber perdonar y aceptar los errores propios y ajenos, el saber amar a tu pareja, a tus hijos, a tus padres y a tus amigos, puede hacerte la vida más agradable. El aprender a dejarte querer, esa tarea que en muchas ocasiones no es tan sencilla como pensamos, todo eso se consigue después de lograr estar en paz con uno mismo, una vez que te miras al espejo y te ves como una persona completa, eso es lo más importante de la vida para Asunción. Lo ha conseguido, sin duda, ya que tanto en su mirada, como en sus palabras se puede ver claramente reflejado el paso de unos años felices, completos y, sobre todo, bien aprovechados.